



Informe 817

Política

08/06/2010

El Mensaje del 21 de Mayo: entre el entusiasmo y la confusión

Mauricio Jelvez M.

08/06/2010
Política
El Mensaje del 21 de Mayo: entre el entusiasmo y la confusión

08/06/2010
Economía
Piñera y el crecimiento, marcando las diferencias

04/06/2010
Política
Las contradicciones de la tercera vía. Participación social y desigualdad en tres países. Segunda Parte

26/05/2010
Política
¿Perdió Frei o ganó Piñera?

12/05/2010
Política
Las contradicciones de la tercera vía. Participación social y desigualdad en tres países. 1ª Parte

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.ced.cl.

©2000 asuntospublicos.ced.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

El primer Mensaje presidencial de este 21 de Mayo, sin duda el más importante de los cuatro que le corresponderá hacer al Presidente Piñera, ha generado en las filas de la oposición reacciones que van desde el entusiasmo por aquellas medidas que marcan una cierta continuidad con la agenda programática de los gobiernos de la Concertación, particularmente aquellos anuncios relacionados con una mantención y extensión de la políticas de protección social, hasta un escepticismo preventivo ante la ausencia de claridad en los cómo se implementarán estas promesas. Es decir, un cuadro de confusión que no permite anticipar el comportamiento y la estrategia política que seguirá la oposición para enfrentar la agenda de este gobierno.

Es cierto, que una explicación plausible ante estas incoherencias estratégicas pueden obedecer al poco tiempo transcurrido desde la salida de la Concertación y su entrada en la oposición. Todo agravado por las dificultades que ha tenido para discutir bien las razones de su derrota. Sin embargo, la otra explicación posible es que sea el Mensaje del 21 de Mayo el que conlleve el germen de una contradicción no resuelta al interior del propio gobierno y de la derecha.

Se trataría en este caso de una discrepancia no zanjada entre lo que se busca representar ‘‘simbólicamente’’ y lo que se hará ‘‘concretamente’’ o, dicho en otras palabras, en un cuadro de esquizofrenia generado por la ambigüedad entre el ‘‘qué’’ y el ‘‘cómo’’.

En este caso, *lo simbólico* estaría representado por la pretensión de instaurar una nueva derecha que busca crear una nueva identidad a partir de una reconfiguración de su imagen. Se trataría de una derecha que aspira a mostrar una sensibilidad especial frente a los segmentos más vulnerables de la sociedad y que, contrario a lo que siempre se ha afirmado, no comprometida con los intereses de los más ricos. En esta dirección calzarían los anuncios como instaurar el ingreso ético familiar, la eliminación del 7% de la cotización de salud para los pensionados y pensionadas, la duplicación, en ocho años, de la subvención escolar (aunque en las 75 medidas propuestas en el programa de gobierno de Piñera se hablaba de doblar la subvención escolar en cuatro años, es decir, se ajustó la meta a la mitad), el término de los multirrut que atomiza al movimiento sindical y debilita su capacidad de negociación, entre otras. Transversalmente, destaca la propuesta de modificación tributaria cuya medida más

emblemática sería el aumento de los impuestos a las utilidades de las empresas, de una tasa del 17% al 20% en el primer año y un ajuste al 18,5% en el segundo año. En definitiva, un conjunto de iniciativas que perfectamente habrían estado en la agenda de un quinto gobierno de la Concertación, claro está si se hubiesen resuelto los temores o superado los mitos que muchas veces primaron en sus propias filas y que impidieron avanzar en reformas muchas veces demandadas por actores políticos de la propia coalición de centro izquierda en distintos momentos y cuya viabilidad técnica-financiera siempre estuvo a favor de estas iniciativas y, que por lo tanto, su mayor costo era exponerse a un rechazo en la tramitación legislativa por parte de los parlamentarios de la derecha y cuyo beneficio era seguir profundizando la agenda pro equidad, tarea que aún presenta conjuntos vacíos.

Esta estrategia tiene la significación que, por un lado, se distancia del legado social de la dictadura y, por otro, la lleva a reconocer, aunque sea tácitamente, su concordancia con el esfuerzo desplegado sistemática y consistentemente por los cuatro gobiernos de la Concertación en construir un país con mayor equidad. ¡Interesante propósito!

A su vez, *lo concreto* sería que al momento de resolver cuál es el instrumental de políticas públicas más adecuado y efectivo para enfrentar los problemas e insuficiencias del país, este no sería otro que el recetado en tiempos en que fueron oposición. Hagamos un poco de memoria: las trabas para un crecimiento económico más vigoroso estaban en la excesiva regulación de los mercados y en el aumento exagerado de la carga impositiva; las imperfecciones del mercado de trabajo radicarían en la falta de flexibilidad del mismo; las carencias en educación y salud se resolverían con una mayor participación de los privados y/o sólo con subsidios a la demanda; las brechas de ineficiencias en las empresas públicas se solucionarían con la incorporación de capitales privados a las mismas, entre otras. ¡Nada nuevo bajo el sol!

Por lo mismo, lo concreto, que es la otra cara de la moneda, requiere de una atención más fina de parte de la oposición. Aquí, lo que verdaderamente importa, como lo que han dicho varios dirigentes de la Concertación, es fijarse en la letra chica de estos proyectos. Ello es especialmente pertinente, cuando vemos que a pocos días de ocurrido estos anuncios su impacto y significación se van licuando en su concreción. Así es: si la eliminación del 7% en salud se hará en un lapsus de tiempo entre 6 a 8 años y con una focalización muy acotada, como se ha insinuado, entonces estamos frente a una expectativa engañosa; si el ingreso ético familiar se construirá sumando todos los subsidios que hoy existen y sólo se le agregarán aportes muy marginales, estaríamos frente a una operación que tiene más de marketing que de profundización de la protección social; si se eliminan los multirut se evitaría un abuso flagrante de las empresas (en buena hora), pero se podría estar incumpliendo otra promesa de campaña como fue legislar sobre sindicalización y negociación colectiva, la que sí tendría un alcance sustantivo en el restablecimiento de condiciones para equilibrar las relaciones de poder al interior de las empresas e introducir un mecanismo efectivo para corregir las desigualdades en la participación de los ingresos; si en educación el proyecto estrella de este gobierno es solo la creación de cincuenta liceos de excelencia es porque se estaría imponiendo el cosismo frente a problemas que requieren de soluciones complejas y de fondo, con la agravante que se trata de una iniciativa que terminará por segmentar socialmente aun más las oportunidades para acceder a una educación de mayor calidad. Esta lista podría seguir si incorporáramos las omisiones.

En este escenario, lo aconsejable es esperar, no apresurarse ni intentar fijar posición cada vez que se emite una señal programática de parte del gobierno. Por lo menos, no antes de conocer y estudiar en profundidad los alcances y contenidos que sustentan tan buenas declaraciones de intenciones como muchas de las comunicadas en el Mensaje del 21 de Mayo. Tal vez, como nunca se haga necesario gravar

en el disco duro que: "obras son amores y no buenas razones". Ello es particularmente pertinente atendiendo al hecho objetivo que la industria de formación de opinión pública está bajo el control de la derecha y su gobierno.

Mal que mal, los gobiernos en un sistema democrático estable como el nuestro deben estar sometidos al escrutinio popular y que es deber ineludible de la oposición democrática orientar a la opinión pública de manera de establecer con claridad la diferencia entre las realizaciones y las promesas que éstos hacen. En esta línea, se sugiere atender dos consideraciones para fijar el estándar evaluativo del actual gobierno de derecha. Una sería del orden metodológico y la otra de orden estrictamente político.

La primera, *la metodológica*, consiste en fijar el punto de comparación para medir la calidad y efectividad del gobierno del Presidente Piñera. Parece razonable sugerir que si para medir la obra de los gobiernos de la Concertación ha resultado pertinente la comparación con los 17 años de la dictadura, considerando que el período de permanencia entre uno y otro es relativamente similar y que entre ambos casos se plasmó una visión política-ideológica y programática claramente diferenciable, entonces, lo adecuado y justo sería comparar al actual gobierno de derecha con el gobierno del Presidente Aylwin. Esto último, atendiendo al hecho objetivo que ambos representan una transición y cambio de signo político y el igual período que abarcan los dos gobiernos. Sobre todo, si tomamos en serio el eslogan de la Coalición por el Cambio que pretende instalar "una nueva forma de gobernar". Pretensión, que por lo demás, también existió en el primer gobierno de transición democrática. Aunque hay que decir que lo "nuevo" por paradójico que resulte no tiene gran novedad: Clinton nos habló de New Democrats y Blair de New Labours. Bueno, pero en este caso la intención es la que vale, eso sí sin olvidar que "el camino al infierno está plagado de buenas intenciones".

En esta perspectiva no resultaría justo comparar la obra de los gobiernos de la Concertación con la que puede alcanzar el gobierno de Piñera, por el simple hecho que resulta desproporcionado pedir realizaciones equivalentes entre un gobierno de 20 años (si los tomamos como un todo) con otro de 4 años. Por eso, nadie ha cuestionado que sí resulta válida la comparación entre el 2,9% de crecimiento económico promedio logrado por la dictadura con el 5% promedio de los gobiernos de la Concertación, como tampoco es refutable la comparación de una herencia de 38,7% de la población en situación de pobreza en 1990 con una cifra del 13,7% en 2006, faltando aun la estadística que arrojará la CASEN 2009 que nos permita hacer el balance completo. Esto sólo por ejemplificar con dos indicadores de suma relevancia para la realidad de Chile.

En ese mismo sentido, lo coherente será poner como base de comparación los resultados alcanzados por el gobierno del Presidente Aylwin. Alguien podría reclamar que la vara es muy alta, pero atendiendo al carácter del Presidente Piñera, no cabe ninguna duda que él se siente llamado a hacer grandes cosas y no aceptará ni misericordia ni condescendencia a la hora de fijar los parámetros para evaluar su gobierno. Evidentemente, la comparación tiene que hacerse sobre parámetros equivalentes, es decir, se debe corregir el "punto base" para contextualizar los momentos en que cada gobierno ha iniciado su gestión.

La segunda consideración, la política, es ponderar con suma prudencia la incertidumbre que encierra la alta probabilidad que se empiecen a manifestar las que parecen ser las dos almas que coexisten al interior de la Coalición por el Cambio. Una, se podría caracterizar por un impulso de búsqueda por construir una centro derecha democrática y más pragmática, cuyos actores sienten en el fondo, muy en el fondo, una irresistible e inconfesable admiración por los gobiernos de la Concertación. La otra, estaría constituida

por quienes representan la opción de una derecha más pura. Aquella que reclamaba legítimamente la alternancia en el poder para llevar a cabo su visión e implementar una agenda de políticas públicas más acorde a sus convicciones políticas e ideológicas. Este grupo, a diferencia del primero, posee una evaluación extremadamente crítica de los gobiernos de la Concertación (1) y están convencidos que el recetario neoliberal es la respuesta correcta para reimpulsar el crecimiento económico (2) y en lo social estiman que la política de protección social nos lleva a un fracaso como el que vienen denunciando desde mediados de la década de los setenta sobre la experiencia de los Estados de bienestar europeos. Su dogmatismo es irreductible, tanto que han convertido el anuncio de este ‘‘fracaso’’ en un cuento del lobo que ha durado más de tres décadas.

En consecuencia, si aun no decanta la hegemonía que terminará por imponerse en la construcción de la agenda (el qué) y sus respectivas fórmulas de políticas públicas (el cómo) al interior de la coalición de gobierno, no parece aconsejable que la oposición se mueva a ritmos cuyos tonos pueden resultar muy disonantes y cambiantes en esta etapa política.

Por lo mismo, lo que se impone para la oposición en la actual coyuntura política es una pausa reflexiva que debiera apuntar, en un primer momento, a la construcción de una visión compartida sobre las causas y significado de la derrota presidencial reciente para, posteriormente, abocarse a dos tareas políticas de suyo complejas, como son la renovación y fortalecimiento de los partidos políticos que integran la Concertación y la reformulación del proyecto político alternativo para volver a ser mayoría y ganar el futuro.

En primer lugar, la tarea del análisis de la derrota electoral no será fácil, pues pasa por bajar las defensas y evitar la dinámica de culpar a otros para exculparse uno mismo, pero también es intelectualmente exigente, toda vez, que sus razones son variadas y complejas por lo que no admiten atajos o respuestas simples.

Como sea, es una tarea ineludible, sino se corre el riesgo de ‘tropezar dos veces con la misma piedra’ o definir mal la estrategia que deberá marcar el rumbo de recuperación de la oposición.

Así por ejemplo, si se instala como verdadera la hipótesis que algunos han planteado que la derrota se explica por la pérdida de votantes del centro, se puede cometer el error de obviar que la mayor pérdida electoral se produjo en quienes no adhieren o manifiestan ninguna preferencia política, que además suman 2,5 veces que los primeros. Del mismo modo, si no se reconoce que en la sociedad chilena se venía incubando desde hace tiempo un malestar sistémico –signado grosso modo- por una crisis de representación política y de participación en los frutos del crecimiento económico, entonces puede ocurrir que el proyecto político hacia la renovación sea insuficiente o mal formulado y, por tanto, no responda a los desafíos de un país que cambió. Si no se revisa el impacto que tuvo el mecanismo de elección del candidato y la estrategia para posicionarlo como opción de futuro, probablemente se volverá a cometer ese doble error. Si se menosprecia el efecto demoledor que tuvo la candidatura de MEO en las filas del ‘‘progresismo’’ y su contribución a la estrategia de la derecha a desprestigiar la política y, más específicamente, a los políticos de la Concertación, se puede pavimentar el camino hacia una disgregación en tres tercios, en donde, lo único seguro es que el tercio mayoritario con cara de 50%, por lejos, será el que represente la opción de derecha. Por último, si se descuida la pérdida de la hegemonía cultural, en términos gramscianos, acompañado de un proceso de creciente individuación de la sociedad chilena, se puede terminar cayendo en un pragmatismo ramplón y haciendo una política no basada en ideas, sino en las encuestas.

En fin, estas son algunas de las hipótesis plausibles para iniciar una reflexión seria de una derrota aun más seria.

En segundo lugar, la tarea aun más compleja de repensar los partidos del espectro de centro e izquierda y el proyecto político de los mismos, tomará más tiempo que la anterior. Se trata de sumergirse en un espacio que hasta ahora había sido descuidado o derechamente olvidado.

Así es, en la tarea de gobernar se produjo paralelamente un proceso de degradación de los partidos políticos. Su organización interna, sus estructuras de financiamiento, sus sistemas de reclutamiento, sus procesos de formación y adoctrinamiento, sus lógicas fraccionales, sus prácticas clientelísticas orientadas a la captura del Estado, su desconexión con las organizaciones sociales y ciudadanas, entre otras, fueron fenómenos corrosivos que terminaron por dañar profundamente la institución que precisamente está llamada a generar las condiciones de un buen gobierno para el país. Este desdoblamiento entre un débil compromiso militante y el deber de desempeñar con excelencia las tareas de gobernar y legislar contribuyó a fomentar la pérdida de confianza de los ciudadanos y ciudadanas en los partidos políticos y a instalar en el imaginario colectivo que el cambio sin más era mejor que el mero continuismo. Acá se recomienda escuchar el Evangelio: ‘el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra’.

En consecuencia, ha llegado la hora en que la opción preferencial de quienes tienen vocación política deberá ser sus partidos políticos. Entrar de nuevo en la propia casa para airearla, cambiar los muebles si es necesario, redefinir el menú y reordenar la cabecera de la mesa. Los gestos, las actitudes y los comportamientos deberán estar a la altura del desafío. En otras palabras, importarán más, en la primera etapa, las competencias blandas que las duras en la definición de los liderazgos. El fortalecimiento de los partidos exigirá poner en primera prioridad la necesidad que éstos vuelvan a reconectarse con la sociedad civil, esto es, reinsertarse en las organizaciones sociales, vecinales, laborales y juveniles como se hizo en tiempos de dictadura en el pasado y como lo exige los tiempos de democracia en el presente.

A favor, estos partidos tienen una larga trayectoria de servicio al país y la construcción de un sistema democrático que a pesar de sus imperfecciones logró darle dos décadas de bienestar y progreso a Chile.

Por último, en el ámbito de los desafíos complejos, queda por resolver la redefinición del proyecto político de la centro-izquierda. Atrás deberá quedar la confrontación entre autoflagelantes y autocomplacientes, pues de nada sirve de cara al futuro. Más bien de lo que se trata es de releer la realidad del país, tal como se hizo en la década de los ochenta y que permitió iniciar una transición democrática que superó con creces el legado político, económico y social de la dictadura. En 1990 todos los chilenos y chilenas sabían que ofrecía la Concertación, la idea del crecimiento con equidad era la expresión de una agenda de políticas públicas articulada sobre la base de un conjunto de reformas macroeconómicas, microeconómicas, judiciales, democráticas, previsionales, acompañadas de políticas y programas en infraestructura pública, pobreza, educación, salud, etc. Esto y mucho más era el ‘crecimiento con equidad’.

El problema es que el ejercicio programático que se viene por delante exige como punto de partida cerrar el ciclo basado en esas ideas y proyectos, que si bien marcó una etapa de éxito para el país, no es menos cierto que venía experimentado una fase de rendimientos decrecientes en lo económico y de evidentes insuficiencias en el plano de las reformas necesarias en las instituciones políticas democráticas, en la legislación laboral y en las políticas de empleo, en las políticas para el desarrollo productivo, en las iniciativas para asegurar el necesario financiamiento de las prestaciones de calidad en educación y salud,

luego de resueltos los graves problemas de cobertura heredados, en la creación de fórmulas que permitieran expandir la protección social hacia los sectores medios. En fin, se hará necesario valorar en toda su dimensión el salto que Chile dio en dos décadas, pero también reconocer que la propuesta para el 2013 se situará en un nuevo estadio de políticas públicas.

Estas tendrán que ver principalmente con asumir que Chile no alcanzará el desarrollo si no se propone un plan y estrategia para lograrlo y que este desarrollo requerirá de una formulación bastante más compleja que la persigue el sólo crecimiento económico. Nuevamente, a favor de la centro-izquierda juegan dos factores; el primero, es que si pudo alcanzar la primera mitad de esta meta, está en ventaja para comprender los desafíos de la segunda mitad y, el segundo, es que la derecha no podrá resolver sus contradicciones internas para emprender con fuerza las reformas que exigirá la acumulación de más y mejor capital humano, pues esto supone –a su vez– más y mejor Estado, como tampoco parece comprender que la necesidad de más capital social y de perfeccionamiento de las instituciones democráticas es consustancial al mismo, cuestión que exige revalorizar la política en un sentido verdadero. La promesa de un desarrollo integral para Chile podría ser la idea que reencauce y movilice a las fuerzas de la centro-izquierda, como en su momento lo fue la promesa del crecimiento con equidad.

- (1) Andrés Allamand y Marcela Cubillos en su libro ‘ ‘La estrella y el arcoiris’ ’ expresan esta emoción de la siguiente manera: ‘ ‘Por último, cuando fue necesario reemplazar a una Concertación agotada, ineficiente, con evidentes signos de corrupción y aferrada al poder, la centro-derecha mostró el carácter, la unidad y la inteligencia para hacerlo”.
- (2) Sobre este particular, los mismos autores plantean: ‘ ‘Así como en la economía funciona una ‘ ‘mano invisible’ ’ conforme a la cual la búsqueda del interés particular deviene en la satisfacción del interés general, en la política también hay una mano invisible: la aspiración legítima de gobernar obliga a los partidos a representar más fielmente a los ciudadanos y a formular mejores programas’ ’.